

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educación, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instrucción: Estudios Históricos, por don A. Pirala.—Primer Amor (poesía), por don A. Hurtado.—Cuentos de color de Rosa (continuación), por don Antonio de Trueba.—Las Flores Animadas: La Violeta, por doña Joaquina García Balmaseda.—Teatros, por don Antonio Arnao.—Modas.—GRABADO: Pliego de patrones.

INSTRUCCION.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

CORINA.

ESTADO DE LA GRECIA.—GUERRA MESENIA.—MYRTIS.—
PÍNDARO.—RIVALIDADES.—GUSTO EN GRECIA.



AMOS á terminar el conocimiento de la antigua historia de la Grecia, dando cuenta de otra mujer no menos célebre que Safo, y que fué compañera y rival del único representante que nos queda de la poesía dórica, de Píndaro, el cantor de las glorias del rey Hieron, que le acogió en su córte, y también de los ciudadanos oscuros, cuyos nombres jamás habrían sido conocidos, á no haberlos proclamado en los juegos públicos.

La Grecia, como todos los pueblos, sufrió multitud de vicisitudes, como ya hemos insinuado; sostuvo muchas guerras, y la primera de Mesenia, que originó la invasión de los espartanos en este país sin declaración de guerra, prestando el insulto hecho por los mesenios á unas jóvenes lacedemonias en el templo de Diana Limnatis, el asesinato del rey Talecles, y algunas disputas relativas á los ganados. Produce esta guerra el bárbaro sacrificio de la hija de Aris-

todemo, obedeciendo al oráculo, y como si Dios se propusiera castigar este sacrificio, son vencidos los mesenios, y Aristodemo se da la muerte sobre la tumba de su hija, esta nueva Ifigenia.

Impera la tiranía en la mayor parte de los estados de Grecia, aquellas tiranías que ocasionaron conspiraciones como la que comprometió á Safo y la produjo la espatriación; pero despierta la Grecia de su letargo, le regeneran sus grandes hombres; mas nuevas ambiciones y nuevas intrigas dan á la Grecia una vida turbulenta.

Entonces vivió Corina, quien, como todos los personajes célebres, tiene todo el orbe por patria: todo el mundo les nombra, les admira y les aplaude.

Corina, como Safo, pertenece sin disputa á esas celebridades universales: su fama ha llegado hasta nuestros días rodeada de una aureola de gloria que la enaltece, de una especie de romanticismo que formó una escuela literaria.

Nació Corina, aquella mujer tan notable por su hermosura, como por su talento poético, en Tanagro, cerca de Tebas, en la Beocia, mas de cuatro siglos antes de la venida del cristianismo. Tan remota antigüedad no basta á sumir en el olvido: el génio nunca perece.

Vivió en su tiempo, y aun se dice que dió algunas lecciones á Corina, la famosa poetisa Myrtis, nacida en Anhedon, también en la Beocia, y que compuso entre otras poesías unos cantos líricos, muchos de los cuales se conservaban todavía en tiempo de Plutarco. A su muerte la erigieron una estatua de bronce, obra de Boisco (1).

(1) Suidas y Plutarco hablaron de Myrtis en sus cuestiones griegas.

Corina pudo haber aprendido de Myrtis algunas reglas, mas no la poesía, porque esta no se enseña, porque la imaginación no se adquiere con lecciones. Preguntad á todos los poetas cómo han compuesto versos; si les hubiera sido imposible formarlos sin aprender las reglas del arte.

Así nos dicen los historiadores de Corina, que era una niña, y ya bullía en su mente el númen de la inspiración, ya eran magníficos y originales sus pensamientos poéticos, ya brillaban los destellos de su imaginación, ya se veía el talento. Pudo Myrtis haberla enseñado á perfeccionar sus composiciones, ordenando bien sus ideas y puliendo su lenguaje, pero el que presenta el diamante limpio y perfecto, no es el autor de la piedra. Es antiguo el axioma que el poeta nace y el orador se hace.

Las lecciones que se daban á Corina, eran semillitas arrojadas en buen campo, y su fruto escedió á las esperanzas que hizo concebir su extraordinaria disposición.

La afición de Corina por la poesía era una pasión; y llegó á versificar de una manera tan asombrosa, y fueron tan rápidos sus progresos, que fué rival de Píndaro, discípulo también de una mujer, de Myrtis, cuyos sábios consejos no pudieron corregir la malhadada afición de este poeta á recargar sus composiciones con tal lujo de fábulas, que fatigaban á los mismos griegos, no obstante su apasionado amor á las ficciones.

Píndaro, el tierno poeta, el célebre cantor de los hechos gloriosos, fué cinco veces vencido por Corina en los certámenes públicos. No podía ser mayor la gloria; gloria que conquistaba una mujer, cuyo génio la enaltecía, ó mas bien evidenciaba la superioridad de sus emociones, de sus sentimientos, el temple de su alma, la excelencia de sus cualidades. Y aunque algunos escritores de la antigüedad, rivales detractores de esta mujer, dicen que contribuyó al triunfo tanto su hermosura como su talento, no creemos que, á pesar del culto que los griegos rendían á la belleza, les alucinase hasta el punto de prescindir de otra belleza de la que eran tan amantes; de la belleza de la poesía.

Es verdad que los griegos consagraban himnos á la belleza lo mismo que á los dioses, y casi la confundían con la virtud, de la cual era á sus ojos la mas encantadora imagen, pero también daban coronas al talento; también le erigían altares, le dispensaban un culto idólatra, y le divinizaban. La civilización griega, tuvo épocas en que no podía ostentarse con mas esplendor.

Cuando tan bien asentado estaba el buen gusto,

no podía menos de hacerse justicia al verdadero mérito. Y todos convienen en que, cualquiera que sea la causa de los triunfos de Corina sobre su rival, unia á las mas felices inspiraciones un juicio sólido, y profundos conocimientos en el arte.

El génio hace brillar al que le posee en todas las vicisitudes de la vida; y á este propósito, cuenta la historia un hecho que ensalza á Corina, y no favorece mucho á nuestro sexo, porque revela una envidia torpe, un orgullo inconveniente y una provocación indigna.

La tradición, escribe un entendido biógrafo, á quien hemos citado varias veces, dice que el lírico Tébaro no soportó resignadamente la humillación de su derrota por una mujer, y que provocándola á un nuevo combate la prodigó mil injurias, imitando al poeta de Paros, Archiloco, sin guardar tampoco la menor consideración con los jueces del concurso, á quienes tachó de inepticia. Mas Corina al ver tan inesperado é injusto ataque, ni olvidó la reserva de su sexo, ni menos profanó su talento usando de represalias ofensivas. Tan magnánimo, tan sublime proceder, demuestra la elevación de su alma.

Así todos sus hechos y su talento, hacían de Corina una de las criaturas mas amadas y consideradas de sus conciudadanos, cuyo amor en vida trocóse en veneración á su muerte. ¡Poder del génio, que encierra en su tumba las pasiones de sus enemigos, á quienes hace derramar lágrimas su muerte, y arrancar elogios su sepulcro!

Este le colocaron sus compatriotas en el sitio mas público de la ciudad de Tanagro, donde todavia existía, así como su retrato, en tiempo de Pausanias, escritor antiguo.

Corina, denominada la *musa lirica*, compuso cinco libros de poesías épicas, varios cánticos, bastantes epigramas, y muchos libros de metamorfosis, de cuyas obras solo se conocen un corto número de fragmentos, publicados en Hamburgo en 1754.

Corina personifica el buen gusto de la Grecia, ó mas bien el sentimentalismo, como Safo la pasión, como Píndaro la dulzura, como Myrtis la maestría. Aquel pueblo grande, en medio de sus disturbios y de sus revoluciones, parecía que la víspera de pelear se deleitaba con los sentimentales versos de Corina, y al día siguiente de la batalla, le arrobaban los dulces cantos de Píndaro, que celebraban la gloria de los héroes.

A. PIRALA.

LITERATURA.

PRIMER AMOR.

Trémula y sin colores
en las mejillas,
esto dice á su madre
tierna una niña :

« Madre adorada,
yo no sé lo que siento
dentro del alma. »

Inquieta y en vigilia
paso las noches,
que asaltan á mi mente
ricas visiones.

Visiones gratas
que se graban, mi madre,
dentro del alma.

Tráenme á veces los aires
mil armonías,
que del pecho conmueven
todas las fibras.

¡ Ay qué sonatas!
¡ Cómo resuenan, madre,
dentro del alma!

El murmullo que el viento
forma en los bosques,
los gemidos que lanzan
los ruiseñores,

Todo me encanta,
todo se infiltra, madre,
dentro del alma.

« ¿ Qué inquietudes son estas,
madre querida ?

Qué rumores son estos
que así me agitan ;

Que nunca pasan,
que siempre están vibrando
dentro del alma ? »

La madre suspirando
triste responde :

« Esos ecos mi vida
y esas visiones,

Son los fantasmas
que el primer amor crea
dentro del alma. »

A. HURTADO.

CUENTOS DE COLOR DE ROSA. (1)

(Continuacion.)

III.

Era una tarde de Julio, Martín, su mujer, sus hijas, y su hijo, se levantaron de la mesa despues de dar gracias á Dios por el pan que les habia dado, y salieron á pasar la siesta á la sombra de unos hermosísimos cerezos que habia delante de la casa.

— Abuelita, interrumpí yo á la mia cuando llegé aquí en su narracion, se ha equivocado Vd. Ha dicho Vd. que Martin salió con su mujer y sus hijas, y su hijo. ¿ Cómo es eso, si Martin no tenia hijo ninguno?

— Martin y Joaquina tenian ya un hijo de un año, que daba bendicion de Dios el verle.

— Y cómo se llamaba?

— Se llamaba Antoñito, como tú. Martin alcanzaba cerezas á las niñas, las niñas hacian con ellas pendienteitos, y Joaquina bailaba á Antoñito en sus brazos levantándole en alto....

— Y por qué hacen eso las mujeres con sus niños, que á todas se lo he visto hacer? lo hacen para divertirlos?

— Ese es el pretesto, pero la verdad es, que como no hay una que no tenga á su hijo por un serafin del cielo, aunque sea mas feo que Picio, revientan de orgullo y quieren que el mundo entero los contemple.... Pero dejadme en paz, y no me interrumpais, que es mala maña interrumpir á los mayores. Joaquina que era muy madrota empezó á decir tanta divina tontería á su niño, y á darle tantos besos y apretujones, que el angelito de Dios se atufó, y se echó á llorar como un becerro.

— No llores, cordero mio! le decia su madre chillando como una locona. Porque lloras tú, gloria de tu madre, que vales mas que las pesetas! huy! qué hijo tan hermoso me ha dado Dios! verdad, Martín, que ni el rey de España tiene un hijo como este? Mirale, mirale como se rie ya.... Huy! bendida sea tu boca, que te comeria á besos!

Martin á su vez tomó en brazos al niño y comenzó á acariciarle. Las niñas, particularmente la chiquitina, se quedaron pensativas sin hacer caso ya de los pendienteitos de cerezas. Notándolo Martin, devolvió el niño á su madre con cierta viveza, que Joa-

(1) En nuestro número anterior, pág. 500, columna segunda, línea 2.ª, debe leerse *picaronazas*, en lugar de otra palabra tan vulgar que se nos resistió escribirla, y que se puso por un error de imprenta.

quina tomó por despego, según el gesto que hizo, y se disponía á preguntar á las niñas la causa de su seriedad, cuando Mariquita hizo un pucherito con la boca, se enjugó una lágrima con la manga, y corrió á abrazarse á las piernas de su padre, como si alguien la persiguiera.

—Qué tienes, corazón mio? le preguntó Martín.

—Qué ya no me quieres! contestó la niña cada vez mas compunjada.

—Qué no te quiero? replicó Martín llenándola de caricias.

—De dónde sacas tú eso, loquilla, cuando tú y tus hermanitas sois la gloria de tu padre?

—Mire Vd. la zangallona esa, con seis años á la cola! exclamó Joaquina cada vez mas amoscada.

—Déjala, mujer, dijo Martín en tono conciliador. Si son cosas de niños, que tienen envidia siempre que ven acariciar á otros.

—Puede que la de yo la envidia con media docena de azotes bien sentados.

—Joaquina, te guardarás muy bien de eso.

—O no me guardaré. Pues no le digo á Vd. nada las otras vigardonas, que también parece que se han puesto de hocico. Pero no tienen ellas la culpa, que la tiene el mimo que su padre las da.

—Mujer, por la Virgen Santísima, ahorrémonos desazones, que hartas da Dios en el mundo, sin que nosotros mismos las busquemos.

—Eso mismo te digo yo á tí. Vaya, que te han entrado por el ojo derecho esas trastos! Bien dicen, que mas vale caer en gracia que ser gracioso.

Al decir esto, Joaquina se echó á llorar como una Magdalena, y añadió besando y cubriendo de lágrimas á su hijo:

—Hijo de mi alma, qué desgraciado te ha hecho Dios!... A tí nadie te quiere sino tu madre!...

—Mujer, exclamó Martín perdiendo la paciencia, no digas desatinos, no me saques de mis casillas..... Qué no quiero yo á mi hijo!

—Para lo que yo veo no necesito anteojos.

Viendo Martín que su mujer no atendía á razones, que abusaba de su paciencia y su bondad mas de lo regular, y que aquella fiesta casi se repetía todos los días, calló por un momento, hizo un esfuerzo para serenarse, y dijo con tono solemne:

—Joaquina! óyeme, y no olvides nunca lo que voy á decirte. Nadie en el mundo quiere á sus hijos mas que yo quiero al mio; nadie en el mundo quiere y respeta á su mujer mas que yo quiero y respeto á la mia; y nadie está mas convencido que yo de que Dios ha impuesto al hombre el deber de amparar y servir de apoyo á la mujer, desamparada y débil por naturaleza; pero nadie está tampoco mas convencido que yo de que la maldición de Dios debe caer sobre el hombre que olvida á los muertos y desampara á los

huérfanos. Una mujer que está gozando de Dios, porque vivió y murió santamente, una mujer á quien yo quería como te quiero á tí, me dijo momentos antes de volar al seno del Señor:—Por la Virgen Santísima te pido, que si das madrastra á las hijas de mi alma, no consientas que las maltrate ni las maltrates tú tampoco mientras cumplan con el primer deber de los hijos, que es la obediencia. Yo juré á aquella mujer cumplir su voluntad, y estoy resuelto á cumplirla, no consintiendo que nadie maltrate á esas niñas, que además de haberme sido recomendadas por una madre moribunda, y además de ser mis hijas, tienen el título mas santo y mas legítimo que los niños pueden tener al amor y al amparo de los hombres y las mujeres, ¡el de no tener madre!

Joaquina bajó la cabeza, como resignada y arrepentida al oír estas palabras, Martín la estrechó la mano saltándosele una lágrima de ternura, y la paz de Dios volvió á reinar en aquel instante en la familia, que cuando los hombres son generosos y delicados, y buenos, las mujeres que tenemos mas de locas y testarudas que de malas, decimos al fin como el Señor:—Hágase tu voluntad!

IV.

Joaquina no era mala... pero era madrastra, y ya sabeis lo que dice el refrán: madrastra, el diablo la arrastra. Por mas esfuerzos que hacía por querer á sus entenadas no las podía tragar, y eso que las niñas no tenían pero.

Martín y su mujer se llevaban bien en la apariencia, pero en la apariencia nada mas, porque Martín sabía que Joaquina no quería á las niñas, y Joaquina sabía que Martín no quería tanto como á las niñas al niño.

Bastaba que Martín hiciese la menor caricia á las niñas, para que el enemigo malo avivase el fuego de la envidia en el corazón de Joaquina. Martín lo sabía, y lo lloraba amargamente; pero como su mujer se lo guardaba en su pecho, él se lo guardaba también en el suyo. Quien lo pagaba era el pobre niño, á quien Martín, por mas esfuerzos que hacía, y por mas que consideraba que tan hijo suyo era como las niñas, iba, si no aborreciendo, al menos mirando con indiferencia.

Joaquina tenía deseos de sentar la mano á las niñas, pero aun no había tenido ocasión de salirse con este gusto, porque Martín le tenía dicho que únicamente consentía que les pegase cuando la desobedecieran, y las pobres niñas eran tan humildes y tan bien mandadas, que hacían siempre puntualmente cuanto les mandaba su madrastra, á pesar de las tranquillas que esta les armaba para que no pudiesen

cumplir sus órdenes, cosa que Joaquina hubiera calificado de desobediencia.

Si Joaquina estudiaba con el diablo para inventar cosas raras y difíciles que mandar á sus entenadas, sus entenadas contaban sin duda con la ayuda de Dios para hacer todas aquellas cosas, porque parecia imposible que sin ser así las hiciesen tan á las mil maravillas.

Un día mandó á Isabel que fuese á llevar en un borrico un costal de trigo á un molino inmediato, y que volviese en el término de media hora, que era el tiempo justo para hacer el viaje sin detenerse. El camino estaba entonces malísimo: la madrastra calculaba que el borrico se caería, y que no teniendo Isabel en aquella soledad quien la ayudara á cargarle, tardaría mas de lo regular, y le proporcionaría ocasion de cascarle las liendres.

El borrico se cayó en efecto; pero á falta de los hombres, Dios acudió en ayuda de la pobre chica, inspirándola un medio de salir de su apuro. Isabel colocó el borrico al pié de un terrero cortado perpendicularmente; llevó á vueltas el costal encima del terrero, desde allí le plantó en el lomo del animal, sin mas que darle otra vueltecita, y antes de la media hora estaba de vuelta en casa, mas alegre que unas Pascuas floridas.

Una mañana, antes de medio día, se fué Joaquina al campo, donde estaban su marido, la niña mayor, la pequeña y el niño. Al partir, dijo á Teresa, que quedaba sola en casa:

—Cuida bien el puchero, y ten puesta la mesa para las doce, que á esa hora vendremos todos á comer. Ahí tienes la llave del payo (1), saca un plato de uvas de las que hay allí curándose, y tenlas en la mesa para cuando nosotros vengamos.

Teresa cuidó su puchero; á las once y media puso su mesa con mil primores, y en seguida cogió la llave y un plato, y subió al payo por las uvas, pero hétele que la llave andaba muy premiosa, y Teresa que tenia poca fuerza, no consiguió abrir por mas que lo intentó. Bien lo habia previsto la pícara de la madrastra, que se despepitaba por dar un tiento á la pobre chica.

Pues señor, qué haré, qué no haré, Teresa se desesperaba viendo que habian dado las doce, que no habia podido sacar las uvas, que su madrastra iba á venir, y que la iba á repicar el pañero. Las uvas estaban tendidas en el cuarto sobre calzas (2), y muy fejos de la puerta. La chica buscó un picacho (3), á ver si las podia alcanzar por una gatera que tenia la

uerta, pero sus esfuerzos fueron inútiles; quiso llamar á una vecina para que le abriera la puerta, pero la casa mas cercana estaba lo menos á distancia de un tiro de piedra, y no habia tiempo que perder. Teresa tenia la costumbre que teneis todos los chicos, de invocar á vuestra madre en todas las aflicciones.

—Madre de mi alma ¡qué haré yo! exclamó la pobre chica. Sin duda su madre la oyó desde el cielo, y le inspiró el medio de salir de aquel aprieto, pues dando un salto de alegría, como aquel que al fin encuentra lo que ya no esperaba encontrar, se apoderó del Minino, que mayaba á su lado, como diciendo:—Cuándo se come en esta casa?—le ató con una cuerda, le metió por la gatera, le echó al otro lado de las uvas una corteza de queso, tiró de la cuerda cuando el Minino se acercaba á la corteza, el Minino hizo incapie en las uvas, Teresa siguió tirando, y al cabo consiguió traerse con el gato las uvas que necesitaba. La pícara de la madrastra no tuvo el gustazo de zurrar á la pobre niña.

La chiquitina se moria por los melocotones. Un día habia cogido su madrastra un frutero de ellos, muy hermosos, y á Mariquita, que no se los habian dejado probar, se le iban los ojos trás ellos.

Joaquina dejó sola á la niña al lado del frutero tentador, encargándole que cuidado con que comiera ningun melocoton, y se escondió á seis pasos de distancia, segura de que se le iba á presentar ocasion de dar un meneo á aquella infeliz criatura, sorprendiéndola comiéndose los melocotones en contravencion á su mandato.

Mariquita estuvo largo rato resistiendo su apetito, pero al fin se decidió á coger un melocoton. Iba ya á clavarle el diente, cuando se presentó su madrastra hecha un basilisco, pero la niña se apresuró á pasar el melocoton de los lábios á la nariz, y dijo enseguida, enseñándole completamente ileso.

—Ay, señora madre, qué bien huele!

Joaquina tuvo que dejar tambien ileso el cuerpo de la niña.

Los casos que os he referido os darán una idea de lo mucho que estudiaba con el enemigo aquella pícara mujer, para tener ocasion de sacudir el polvo á sus entenadas, y de los esfuerzos que sus entenadas hacian para que no se saliera con la suya.

(Se continuará)

ANTONIO DE TRUEBA.



(1) Así llaman al sobrado en las encartaciones

(2) Calzas.—La capa que cubre la espiga de maiz.

(3) Picacho.—Una vara con un gancho formado por el tronco de una de sus ramas.

LAS FLORES ANIMADAS.

LA VIOLETA.

¿Por qué, violeta, por qué te escondes,
visible solo del aire vago,
cuando á buscarte con dulce halago
al par venimos el alba y yo?

Sra. Gomez de Avellaneda.

I.

Una lectura en el bosque.

Flora habia dejado sus Estados y establecido tambien su residencia entre los hombres, tanto por huir de un sitio que le recordaba sucesos desagradables, como para velar mas de cerca por los destinos de sus súbditas.

Cada dia tenia un nuevo motivo de disgusto, un nuevo pesar.

La rosa era su predilecta, su hija querida: la vida que la habia visto recorrer, llenaba su corazon de amargura!

No tenia ademas porqué felicitarle de la suerte de la azucena, del tulipan, de la maravilla y amapola, del pensamiento, ni de otra multitud de flores, cuyas historias conocemos ya, ó irémos conociendo poco á poco.

Si su venganza parecia satisfecha, su corazon de madre se desgarraba cruelmente.

Unas flores eran desgraciadas porque conservaban su primitivo carácter; otras, por el contrario, porque habian querido cambiarle.

En este número se contaba la violeta. Flora, en el dia que comienza esta historia, la habia encontrado en un suntuoso carruaje, resplandeciente de oro, seda y pedrería.

¡La violeta habia renunciado á la oscuridad!

Para disipar la pena que este encuentro le causara, Flora salió de la ciudad y se dirigió á la campiña, acompañada de un muchacho, criado suyo, que llevaba su sombrilla.

A la entrada de un ameno bosque, despidió á su criado, y se internó en él á disfrutar bajo los árboles el placer de la lectura, sin que nadie la interrumpiese.

El libro que tenia en la mano era la *Historia de las flores*.

Este asunto agradaba en extremo á Flora, y su festivo carácter sacaba gran partido de los errores que con estremada circunspeccion defendian los hombres respecto á las flores, su origen y propiedades.

Abrió el libro por la historia de la violeta.

La violeta, decia el autor, era hija de Atlas y vivia á su sombra. Esta ninfa, perseguida por Apolo, iba á ser otra de las víctimas amorosas de aquel don Juan del Olimpo, cuando los dioses lastimados de su suerte la transformaron en flor.

Era el medio ordinariamente empleado por los dioses, para burlar los proyectos galantes de Apolo. La fecunda imaginacion de Júpiter siempre debia tener de reserva dos ó tres de estas transformaciones.

Flora cerró el libro y se entregó á una prolongada hilaridad.

—Estos poetas, dijo, son ingeniosos en extremo. ¿De dónde han sacado ellos que la violeta es hija de un semi-dios, cuando su padre se llamaba Gerónimo, ella Marcela, y tenia la prosáica ocupacion de costurera? Verdaderamente yo no debo dejar correr semejantes fábulas.

Y se volvió á su palacio para trabajar en una memoria referente al asunto, que pensaba dirigir á la Academia de la Historia.

II.

Interrupcion.

Nos créemos suficientemente autorizados para suprimir la memoria redactada por Flora; como su forma y su lenguaje serian muy poco recreativos para nuestras lectoras, extractarémos de ella la historia de la *Violeta*, y la referirémos sencillamente. Lo bello del asunto quizá debia obligarnos á emplear el lenguaje de los dioses, es decir, la poesía; pero no encontrándonos ahora suficientemente inspiradas, nos contentarémos con una humilde prosa.

(Se continuará.)

JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.

TEATROS.

CIRCO: *Un hombre importante.*—ZARZUELA: *El Relámpago.*—REAL: *La Favorita.*—*Esperanzas.*

Voy á empezar, bellas lectoras, á daros cuenta de los acontecimientos teatrales que merezcan llegar á vuestros oídos; pues justo es ponerlos en el caso de apreciar los triunfos y derrotas que lleva consigo la vida agitada de la escena.

Después de un verano enojoso y pesado, en que la corte no ha parecido tal cosa, respecto á recreos y diversiones públicas, el nuevo año cómico se anun-

ció lleno de esperanzas; de las cuales algunas dieron frutos deliciosísimos. Por esto creo llegada la ocasión de comenzar mi agradable tarea; y me daré mil parabienes si cumpló á vuestra satisfacción mi cometido. Solo debo advertiros, como preliminar indispensable, que la veracidad será la guía única de mis relatos, y que estos serán humildísimos y sin pretensiones. Veamos, pues.

Habéis de saber que en el teatro del Circo, afortunado casi siempre, se ha estrenado, y representado durante ocho ó mas días, *Un hombre importante*, comedia en tres actos y en verso, original de D. Narciso Serra. Como es natural que conozcais el nombre de este jóven poeta, y la índole ligera y epigramática de su talento cómico, revelada en otras obras anteriores, bastará que os ofrezca una leve idea de la nueva composición, para que podáis formar juicio de su mérito y carácter.

El argumento es muy sencillo. D. Juan es un hombre regularmente acomodado de provincia. Su carácter retraído y negligente, nunca se ha empleado en la política. Sin embargo, lo que se llama fortuna en el mundo, se empeña en favorecerle, y don Juan es Diputado. Una vez en esta situación, cuanto le rodea sirve para darle importancia en el mundo político. Ya en Madrid, habla sin saber cómo en el Congreso, y hé aquí que sus palabras son aplaudidas, y que el temor que inspira le da toda una posición. Empiezan las intrigas. Asédianle los Diputados de todas las fracciones, éste con halagos, con amenazas indirectas aquel; llueven sobre él los pretendientes; vése, en una palabra, metido en la vida mas opuesta á su organización, y este hombre reniega de cuanto le rodea; se burla de los que sin razón alguna se empeñan en atribuirle todo género de grandes cualidades, hasta concluir por dejarlo todo; la política, Madrid y España.

Con tal pensamiento, que os he enunciado imperfectamente, y que el autor trata siempre en el terreno del epigrama, ha resultado una comedia fácil y sencilla, sin grandes pretensiones filosóficas. Verdad es que el carácter del protagonista no es tan acabado como fuera de desear; verdad es sobre todo que la trama es muy débil, y que concluye en sentido inverso á como debía, esto es, decayendo; pero la obra en cambio está salpicada de chites que hacen reír francamente, y esto le ha merecido del público una acogida bastante lisonjera.

El desempeño por parte de los actores fué medianamente en lo general. El señor Romea (D. Julian) en el papel de D. Juan, ó sea del protagonista, si bien no rayó á la altura que tantas otras veces ha alcanzado, tuvo momentos bastante felices. La señorita Gutierrez, que desempeñaba un papel adaptado á sus facultades, representó á Casta con sencillez y naturali-

dad. Del señor Fernandez, solo diré que hizo reír en su papel grotesco. La señora Carrasco y el señor Tamayo, estuvieron regulares.

En suma, el autor ha hecho una comedia graciosa, y el público ha quedado contento, aunque no satisfecho.

Otro día nos ocuparemos de los *Caballeros de la Estrella*, dada anoche en este coliseo.

Menos afortunado, el teatro de la ZARZUELA ha empezado este año sus representaciones lírico-dramáticas con fatales anuncios. Al *Relámpago* ha seguido de cerca el trueno; de modo que tras él ha sucedido un silencio fatídico en aquel mismo recinto en que pocos días hace resonaba entre vítores y aplausos la inspirada voz de la sublime Adelaida.

El Relámpago es una zarzuela vertida con poca felicidad por el señor Camprodon, de la conocida ópera cómica francesa titulada también *L' eclair*. Esta circunstancia, unida á la ejecución desacertada, han eclipsado por ahora la obra, sofocando en la común caída la música compuesta por el señor Barbieri, la cual, por lo que pudimos imperfectamente juzgar, tiene motivos y detalles sumamente preciosos. Es de desear que vuelto á abrirse este coliseo, nos proporcione ocasiones de darle lisonjeros aplausos.

Otro fracaso, no menos ruidoso ha tenido lugar en estos últimos días, y ha sido en el teatro REAL. Una obra tan bella, tan delicada, tan distinguida como lo es *La Favorita*, no ha podido salvarse del fiasco, gracias á su ejecución verdaderamente lastimosa. Y no se crea que toda la culpa del mal éxito la han tenido los dos poco afortunados cantantes que en ella han hecho su estreno ante el público respetable de Madrid. Aunque es cierto que *Tombesi* es un jóven de escasas facultades y de poca experiencia escénica, y que *Zacchi* no es para cantar donde han cantado tantos buenos barítonos, también lo es que los demás artistas dejaron mucho que desear; que los coros anduvieron por los cerros de Ubeda, y que la orquesta desempeñó su parte con desacierto bastante perceptible. El público manifestó claramente su desagrado, y protestó de que se le pongan en escena con tan poco esmero, composiciones que tantos laureos han merecido; entre las cuales ocupa lugar preferente la linda obra de Donizzetti.

De esperanzas para lo sucesivo no estamos mal, mis amables lectoras. En el Circo se aguarda una comedia de muy buenos auspicios: *El Hijo Pródigo*. En la ZARZUELA se anuncian varias composiciones; si bien la que mas se desea es *El Planeta Vénus*. En NOVEDADES hay muchas en lista. ¿Podremos quejarnos por ahora?

Pero basta por hoy, porque ya ha llegado á su fin mi trabajo. Hasta otro día.

ANTONIO ARNAO

MODAS.

Nuestras bellas fugitivas van regresando poco á poco de sus escursiones veraniegas, y animando con su presencia los paseos y teatros. Aunque ostentan en estos concurridos sitios las novedades que han recogido en sus viajes, su traje, que no es de otoño ni de invierno, no satisface por completo las exigencias de la Moda, caracterizándolas de una manera notable.

El otoño es una época de transición que compromete alguna vez la reputación de elegancia y buen gusto que toda señora desea conservar: la variación de temperatura hace á veces adoptar momentáneamente los maridajes mas raros en las prendas de nuestra toilette. Rabian de verse juntos, por la imprevision de la que los lleva, un sombrero de paja con un abrigo de paño; una falda de muselina con una manteleta de terciopelo, y lo que es peor aun, un vestido nuevo y un abrigo viejo, ó al contrario, en cuyo conjunto resalta la falta de armonía, que es una de las principales circunstancias del saber vestir.

No confundirémos, sin embargo, entre las muchas que cometen estos delitos de lesa elegancia, á las verdaderas reinas de la Moda, que saben no incurrir en estas disonancias de tan mal tono, escuchando las inspiraciones de su buen gusto, ó consultando los conocimientos de las modistas mas acreditadas, para estos trajes de entretiempo.

De muy buen efecto es, en este género, un vestido de grós negro, con doble falda ó tres volantes, guarnecidos de un fleco de torzal ó de felpilla, puesto en la costura superior de un jareton, y que viene al rás del bajo del volante y falda. El abrigo correspondiente á este traje es una manteleta de grós de Irlanda, tambien negro, bastante larga, cortada en punta, y terminada por una tira de terciopelo, ancha de 55 centímetros, y que viene reduciéndose á 25 en la parte que se recoge en la sangria. Este abrigo llamado *Parisien*, es cerrado en el pecho con botones, y cubierto su escote con un cuello de batista ó muselina. Complemento á propósito para este traje, es un sombrero de seda labrada, marron, de forma Pamela, con plumas y cintas del mismo color, y en el interior del ala un rizado de blonda blanca, salpicado de flores de granado.

Traje tambien muy oportuno es otro de grós, color de violeta, de doble falda, ambas terminadas por un jareton, y de las cuales la túnica es tan larga, que solo deja ver como unos diez y seis centímetros de la inferior. El cuerpo es liso, el talle redondo, con cinturón de terciopelo morado, cuyos cabos caen hasta el jareton de la falda superior: el pecho va adornado de

tres órdenes de lacitos de terciopelo, uno en el centro y los otros dos formando V desde la cintura al hombro, prolongándose en la misma figura por la espalda. La manga es de bullon, cortada al hilo, y se compone de un plegado en lo alto, que nace del hombro, y otro plegado en el bajo, quedando el hueco en el centro, y que termina con un volante, puesto tambien en pliegues, y mas ancho por detrás que por delante, guarnecido este de tres terciopelitos estrechos, y los dos plegados de la manga de lacitos correspondientes á los del pecho. Esta manga casi es larga, y deja apenas ver el hueco de la blanca de muselina. Un sombrero blanco, con adornos de plumas y cinta escocesa completa este traje.

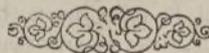
El mejor abrigo con este traje, si el tiempo lo requiere, es un chal de cachemir de la India. Estos chales, que por la finura de su tejido se ciñen al talle de una manera graciosa, prestan tambien un calor confortable en las frias tardes de la otoñada, muy en armonía con la estación, de la que se despegan todavia las grandes manteletas, talmas, y otras confecciones de este género. No dicen mal tampoco para paseo los pañuelos de cachemir, de disposiciones rayadas, porque la toilette de entretiempo debe ser barata: á estos pañuelos reemplazarán mas tarde los de felpa de seda sobre fondo negro á listas ó de flores matizadas, que es el pañuelo de mas novedad para el próximo invierno.

Con respecto á hechuras para vestidos de la estación próxima, anticiparémos algunos detalles. Los cuerpos continúan altos y cerrados para calle y paseo, escotados para soaré: el talle redondo conviene á estos últimos, mientras que para los demas se conservan las aldetas mas ó menos grandes. Las mangas abiertas conservan tambien su distinguida elegancia, acompañadas, se entiende, de otras ricas blancas, bordadas ó de encaje: las cerradas, aunque se van generalizando, no se llevan sino en trajes de casa ó de calle, de los que llamamos á la *negligé*.

Ya veis, amables lectoras, que la Moda es una buena muchacha, muy razonable, que permite á cada una vestir segun su capricho, su edad ó su salud.

Concluirémos haciendo referencia al *Patron* que acompaña: es de un corsé, y las letras marcan la colocación de las piezas: los números 9 y 10 son dibujos para un gorro griego, bordado á cordoncillo sobre cachemir ó terciopelo.

AURORA PEREZ MIRON.



EDITOR PROPIETARIO.—P. J. de la Peña.